

LIBROS

Leyva-motiv

Nacido en Sevilla hace treinta y tres años (pero radicalmente alejado de la imagen convencional del señorito andaluz), afinado actualmente en Madrid, desertor de la ingeniería y pluriempleado de las letras, tímido e irónico, introvertido y afable, enigmático y apasionado, biológicamente incapaz de practicar con desparpajo esas extrañas «public relations» exigidas por la mecánica convivencial de un cierto sector hispánico más o menos inmerso en el tingladillo mercantil de la cultura, J. Leyva ha obtenido el Premio Biblioteca Breve con su novela "La circuncisión del señor solo".

Aunque la producción literaria de Leyva es realmente considerable —no sólo abarca el género novelístico, sino también el teatral—, con anterioridad a la novela premiada sólo había publicado un libro: "Leitmotiv" (1), grueso e insólito volumen al que la crítica especializada ha obsequiado —salvo rarísimas excepciones— con uno de sus más rotundos silencios. Lo cierto es que el silencio de la crítica sólo es tan absurdo como su esporádica y desmedida locuacidad. Y así, por ejemplo, es frecuente advertir que mientras se utilizan interminables y aparentemente sesudos renglones para gloriar tal o cual subproducto que en nada contribuye al enriquecimiento de nuestro escuálido panorama literario —me parece odioso citar títulos concretos—, se mantiene un inexplicable mutismo en torno a obras cuya simple existencia pública supone un saludable revulsivo cultural. Pues bien, "Leitmotiv" pertenece por derecho propio a esta clase de obras.

Por lo pronto, al enfrentarse con las primeras páginas de "Leitmotiv", el lector siente, de forma inequívoca, la impresión de hallarse ante un texto escrito a mil años luz de nuestras fronteras culturales. Con ello, no debe entenderse que el libro de Leyva sea una especie de «novela para marcianos»; somos nosotros, en todo caso, quienes venimos adoptando, respecto a la evolución del género narrativo, una actitud propia de extraterrestres. Habitado a las peores inclemencias de un realismo trasnochado, el lector celtibérico suele mostrar

tos de fe, un compartimiento de un tren en el que brotan pelusas omnívoras...—, los incasantes juegos de equívocos, los desdoblamientos de personalidad en diversos protagonistas, las metamorfosis objetuales, la palpable intervención de un fatalismo que reduce cualquier opción volitiva a tácitas aceptaciones de impotencia... Arturo Can, el protagonista, se ve sumergido en paisajes inevitables —habitaciones inverosímiles, triángulos de césped bordeados por mágicas hileras de piedras, esqueletos de trenes...— y sabe perfectamente que

gratuitas las alusiones a Jarry y Gombrowicz; no son perceptibles en "Leitmotiv" las desaforadas explosiones verbales propias del creador de «Ubu», ni tampoco las brillantes deformaciones paradójicas del autor de «Ferdýdurke». Si tuviésemos verdadera necesidad de lanzarnos a la caza de influjos, deberíamos abandonar los cotos literarios y buscar en el campo de la plástica de entreguerras: sospecho que los inusuales personajes de Leyva se alojarían sin grandes dificultades entre las estructuras arquitectónicas de un Paul Delvaux o de un Giorgio de Chirico, y tal vez incluso bajo los cielos táctiles —plagados de entes voladores— del primer Chagall. Pero en este caso sería injusto hablar de «influencias»; sería más razonable hablar de «coincidencias». De todos modos, no resultaría descabellado vislumbrar un cierto paralelismo entre el ambiente «plástico» de "Leitmotiv" y el clima literario de la pintura surrealista. En uno y otro caso se opera «sobre la propia materia del lenguaje»; es decir, el signo —la palabra— es tomado como símbolo de sí mismo.

Después de haber leído "Leitmotiv", más de un lector de buena fe se interrogará a sí mismo acerca de la «licitud moral» de esta clase de «experiencias» narrativas. Más aún: es posible que intente averiguar por qué singulares motivos J. Leyva ha decidido desvincularse —aparentemente— de toda problemática cotidiana. Quizá sea conveniente advertir al lector de buena fe que tales «experiencias» benefician más a la novelística española contemporánea que tantas y tantas peregrinaciones por los viejos senderos de un social-realismo agotado por la pobreza de sus propios medios expresivos. Las relaciones entre ética y literatura no deben ser planteadas sobre el tapete del dogmatismo testimonial, sino en el plano de las funciones objetivas. La función de la literatura consiste ante todo

en potenciar, intensificar o revelar las posibilidades de autoafirmación latentes en todo ser humano; y una de dichas posibilidades es, por supuesto, la de autoafirmarse como «ente imaginativo». En este sentido, "Leitmotiv" es una obra ejemplar.

Pero aunque publicada recientemente, "Leitmotiv" fue escrita hace ya cinco años. No constituye, pues, la culminación de un proceso, sino el punto de partida de un original itinerario creador. Aún es temprano para hablar de J. Leyva con suficiente conocimiento de causa. Esperemos "La circuncisión del señor solo". Hay que presumir que será necesariamente dolorosa.

■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.

(1) «Leitmotiv», J. Leyva. Ed. Seix Barral/«Nueva Narrativa Hispánica», Barcelona, 1972.



J. Leyva.

una rara prevención frente a cualquier producto de la imaginación literaria. Y "Leitmotiv" no puede ser leído sin admitir a título previo que la imaginación juega en el ámbito creador un papel tanto o más importante que la mera observación.

Sólo mediante una predisposición imaginativa cabe «comprender» el alcance de las constantes temáticas albergadas en "Leitmotiv": la esperpéntica presencia de «espacios cerrados» —un parque contiguo a una catedral sin niestramente burocrática donde se celebran grotescos au-

nunca podrá soslayarlos. Pesa sobre él una condena jamás formulada; una de esas condenas atroces e imprecisas a que se ven sometidos algunos personajes de Kafka. Al establecer el recuento de influencias se ha llegado a afirmar que en "Leitmotiv" se apreciaba el influjo de Kafka, de Alfred Jarry, de Witold Gombrowicz... En buena lógica hay que suponer que nadie está totalmente exento de «contaminaciones» literarias. Sin embargo, y aun admitiendo sin reservas el ascendiente kafkiano —sería absurdo negarlo—, me parecen bastante

Duchamp o la lucidez

No ocultaré mi preferencia por los libros de conversaciones con artistas cuyo medio habitual de expresión no es la pluma. (Los escritores, aunque pueden también dar excelentes resultados en este terreno, las más de las veces han dicho ya por escrito cuanto tenían que decir y, a menudo, incluso más de la cuenta.) He dicho conversaciones, no entrevistas; la entrevista es otra cosa, un subgénero del retrato literario, encaminado sobre todo a informar al público acerca de los datos más salientes de la figura del caso. La conversación, en cambio, se propone restituir de modo pormenorizado la personalidad del artista; se da por supuesto que el público de la entrevista es mayoritario e indiscriminado, mientras que el de la conversación sabe de antemano quién es el sujeto acerca del cual va a procurarse información. En suma: el de las entrevistas es, en principio, un público de profanos; el de las conversaciones, un público especializado y profesional.